

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Vicente Verdú

# Enseres domésticos

Amores, pavores, sujetos  
y objetos encerrados en casa



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Vicente Verdú. «Vecinos de noche». Óleo y acrílico sobre tela.  
120 × 120 cm. 2012

*Primera edición: septiembre 2014*

© Vicente Verdú, 2014  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6366-6  
Depósito Legal: B. 14321-2014

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla  
08750 - Molins de Rei

*Para mi querida Teresa Ariño,  
que me ha soportado tanto.*

## PRÓLOGO

No hay prólogo que merezca alargarse. Éste es un libro que me ha estado rondando toda la vida y algunos de sus temas los he tratado al paso por aquí y por allá. Los psicólogos consideran un mal síntoma el acentuado deseo de no salir de casa. Sin embargo, ¿cómo no evocar el lugar común de que en ningún sitio se está mejor que en casa? Puede que no sea precisamente así y la casa se haya convertido en un infierno, los niños quemen los muebles y la pareja se haya transformado en el primer enemigo con quien irse a dormir. Pero si se va a ver, el exterior amenaza, cuando no nos enferma o nos excluye. Así que la casa nos permite vivir junto a conocidos *sub-jetos* cuya presencia va pegándose a nuestras vidas como un puré y frente al recelo que despiertan muchos de los restaurantes.

La calidad de lo que allí se siente no halla fácil réplica en sede alguna, tanto porque brinda la oportunidad de creernos dueños de un lugar seguro como por la esperanza de morir endulzados y no tan ácidamente como en las clínicas y los hospitales.

Sin duda, de todos modos, vamos muriendo cada día pero nuestra sensación no es siempre funeraria sino, de vez

en cuando, casera o somnífera. Desde el olor del dormitorio al sonido del timbre, desde el zumbido del viento a la copulación matrimonial, desde la fetidez del excremento hasta el aroma del guiso, estos textos son como una miscelánea de la vida encerrada en el hogar con el cariño del ser común más sus benditos y satánicos enseres domésticos.

## 1. GUARECERSE

### LOS VECINOS

No se les ve muy a menudo y sólo se oyen algunas de sus maniobras de vez en cuando. Ocupan en el mismo rellano una casa muy parecida a la nuestra en cuanto a su distribución pero que difiere de nuestro hogar tanto en su quehacer y en su mobiliario como en el tufo que se percibe cuando en alguna ocasión tenemos la oportunidad de husmear el interior de su albergue. De hecho, más de una vez, lanzando nuestra mirada por su puerta entreabierta, constatamos los extraños elementos, desde las tapicerías a los objetos, que pueblan su salón y mediante los cuales parece posible imaginar su catadura y aficiones, en general incompatibles con las nuestras.

Son vecinos, pero la distancia que separa nuestras familias puede llegar a parecernos tan grande como para concluir que, a la manera de los seres exóticos, no tenemos nada que ver con ellos. Basta haber obtenido un vistazo de sus cortinas, por ejemplo, para deducir que esa colección de estrafalarias birrias podrían ser muestras de gentes temibles por su horror estético.

Esos vecinos viven, sin embargo, ajenos a esta consideración, ríen en los cumpleaños, reciben visitas de amigos locuaces y, lo que aquí más cuenta, siguen agregando por todas las habitaciones objetos de forma y procedencias abominables.

De otra parte, los peores artículos, regalados o adquiridos, tienden a apilarse en sus pisos de igual manera que los olores de sus guisos y esas bolas de cristal, postales, marcos, premios de tómbola o conchas marinas que se congregan sin más bajo la ley que el mal gusto les infiere.

Efectivamente, no se trata, en general, de personas agresivas. Se trata de gentes corrientes, celosas de su hogar y de la debida privacidad en la que incluyen sus prendas interiores, de él o de ella, con florecillas y estampados que eligieron al tuntún y a precios bajos.

Con todo ello, sin embargo, no presentan ningún inconveniente en que los visitemos, nos sentemos una tarde en su tresillo y les juzguemos. A fin de cuentas, en su salón se encuentra, para su orgullo, lo mejor de la casa, ya se trate de cretonas, figuras policromadas o lanzas africanas de las que penden flecos.

Esta exposición casera, consustancial a casi todo el mundo, se ha ido formando como los estratos en la Naturaleza y no admite crítica alguna de nuestra parte, ya que su salón, tal como se ve, procede de una conjunción de eventos sin necesaria semejanza con los nuestros.

En toda casa conocida, los cuartos de baño o la cocina siempre reclaman una reforma, pero el salón jamás se aviene a transformaciones radicales. Más aún, la profundidad histórica del salón lo vuelve reacto a cualquier tratamiento y con ello también a cualquier intervención que pudiera descaracterizarlo.

Cabría decir que el salón de los vecinos –igual que el

nuestro, que juzgamos sin claridad— se ha ido formando a través de una larga sedimentación de peripecias, ornadas con sus celebraciones y tedios.

Hay factores del salón que proceden de tener hijos. Otros que derivan de parientes queridos y otros, en fin, que se fueron acoplando con una audacia que nadie puede fechar.

El salón que desempeñó antaño la función de escaparate dentro del hogar puede contar, por ejemplo, con un mueble o carrito de bebidas, que permite invitar a los de fuera y ofrecer mediante esta participación un sorbo de vida igualada a la suya.

De este modo, cualquier salón, aun pareciendo horripilante o incluso al ser horripilante, posee un punto sacramentado. Siendo esta pieza la menos frecuentada en pisos tradicionales, puede dar la sensación, al sentarse allí, de que se accede al generoso corazón de sus propietarios y su exagerado deseo de brindarnos acogida.

De hecho, hace un siglo, en la mayoría de los salones burgueses no entraba nadie o casi nadie. Sólo se reservaba para recibir, a la manera de una escena en donde el trato tendía a seguir un ritual premeditado.

Las cosas son ahora de otro modo, pero un rastro de su herencia perdura a través del especial cuidado que se le destina pensando, accidentalmente, en las visitas. Que la pieza conserve todavía en la actualidad ciertos detalles exhibicionistas, sea en el valor o en la rareza de algunos objetos, es prueba de su conspicua teatralidad. De ese salón no pasan más adentro los extraños, pero ¿cómo impedir que hasta allí lleguen rebufos de la cocina y hasta del cuarto de baño? Efectivamente, si el salón tiene puertas y acaso más que ninguna otra estancia, los vecinos —nosotros mismos— nos cuidamos de que permanezcan cerradas, celadas al incontrolable olor de otras estancias vedadas.



El olor, no el mal olor, el humus particular define el ser de cada casa y la mayor o menor unidad familiar planea como un hálito de madriguera, más intensa aún cuando el guiso hierve o el cuarto de baño difunde su efluviio.

Por ese olor, discurre una sumaria pero patente comunicación con nuestros vecinos, a su vez iguales a los guisos diferentes de nuestros fogones. Ellos han de olerenos a nosotros mientras nosotros los olemos a ellos, todo en un trance de miasmas cruzadas que termina por igualarnos, queramos o no.

Nos saludamos, nos amamos, nos ignoramos y nos separamos para volver a reunirnos a través de los descabezados mensajes que transmiten los susurros o golpes al otro lado del tabique y su inconfundible penar.

Muchos de estos sonidos, la mayoría inconexos, algunos desnudos o procaces, refuerzan la conciencia de sentirse repetidos, puerta con puerta, pared con pared. Creemos no parecemos en nada pero justamente la conjugación de sus colchas o sus tapicerías que juzgamos peculiares, sus portazos o sus querellas los sitúan en un sistema de experiencias que remedan o descubren las nuestras.

Su desgracia, si llegara, la veríamos como una versión relativamente corregida de la propia, aunque sea casi imposible aceptar que su clase de felicidad sea equivalente. Porque cada unidad familiar se complace en la ilusión de creerse irrepitable –incluso en los cocidos– porque ningún porvenir, ningún final puede hallarse anticipado en otro lugar, siendo precisamente esta ilusión diferencial la que nos hace idénticos. Todos vecinos, todos vividos. Feos, enfermos, acicalados, desnudos, envejecidos.

## EL VIENTO

Como a un vecino transparente y gigantesco desde el interior de la casa, como al gigantesco vecino, se oye al viento silbar. En la intemperie el viento amplísimo y huracanado se hace amo y quienes han quedado expuestos a su inclemencia llegan a la vivienda con una ración de calamidad entre mutilante y loca.

La casa se representa así como la casamata de un existir construido contra los pavores de la Naturaleza y de cuyo comportamiento nadie posee una explicación consoladora. La Naturaleza es absoluta. A su lado, la casa cobra una entidad superlativa cuando el viento bate los bulevares y las plantaciones y porque sus muros nos preservan diferencialmente de una azotaina sin medida.

De hecho, en la Naturaleza, los tornados, ciclones o huracanes constituyen fenómenos de los que el mayor pavor se deduce. La erupción del volcán o el terremoto son muy temibles pero poseen en esencia un carácter demoníaco. Un carácter obtenido de sus impulsos tan oscuros como subterráneos. Subterráneos. Subterrenales. Los vientos, sin embargo, son como efecto de los desesperados bufidos del Dios vecino.

El viento y la inundación son fenómenos masivos y esencialmente acéfalos, característicos del Dios sin cabeza ni corazón. Se expanden como las pandemias y sus efectos hacen temer que su capacidad obedezca al despliegue del desorden por el deseo de su propia –y bellísima– ostentación.

El terremoto procede de los bajos de nuestro hábitat y lo mismo puede decirse del volcán que se abronca bajo la parcela que habitamos. Pero el viento es, sin ambages, cólera y palabra de Dios.

Llega de algún lugar remoto y nos acomete como un

imperio transparente. Tan devastador y vehemente como carente de manos, cabeza y pies. Venganza pura.

La corriente que silba por las ventanas y las puertas sería la versión más certera del invisible enemigo que nos acosa ingresando en casa. Viento que siendo inhumano buscaría introducirse en el hogar y cruzar sus estancias como un látigo entre la salud y las enfermedades duraderas.

Aire que corre veloz por las rendijas como un laminado animal o insecto sin calibre. Ajeno por completo a nosotros pero necesitado de un refugio tras haber recorrido, como una jauría, distancias incalculables.

Los anemómetros miden la velocidad del viento, pero la medición en su longitud, en su amplitud y profundidad queda fuera de los cálculos. Como un fantasma o un ensalmo, el viento sólo se define mediante su cólera incolora.

Su impulso, su corriente, su ímpetu no tratan de colonizar o aniquilar nada sino que se erigen como titanes a espaldas de la Humanidad, tan inocentes como infantiles puesto que incluso la muerte del viento gigantesco resulta impune.

Nos decimos: ¿de dónde viene ese viento? La meteorología y sus especialistas tratan de nombrarlo, pero todos sabemos que la atmósfera, pasiva y vieja, se ve azotada por vómitos delirantes y nuestro presente asaltado por millones de lanzas tal como si la incertidumbre del mundo se resolviera con su acuchillamiento global.

El viento enloquece a las personas tanto como se representa en la locura interna de lo natural, vuelco de vidrio dentro del cerebro humano. Vómito del desequilibrio que apuntilla el camino del aire y en cuyo interior el viento altamente envenenado se alcoholiza.

No se ve la ebriedad del viento en sentido estricto, pero su quimioterapia actúa como un tóxico cuya causalidad sin

razón nos aniquila. ¿Qué mayor prueba, pues, de su existencia? Frente a él, la casa opone su parapeto, brinda la oportunidad de lograr conciencia de un solícito amparo y hasta favorece la paciente condición de reconocernos como animales de corral.

Sin predeterminación, las peroratas sobre los efectos de los habitantes en el cambio climático prestan alguna consolación. Porque si los cambios climatológicos pueden atribuirse, según la ciencia, a nuestra conducta, la acción de los seres humanos decidirá en algún momento que el tiempo mejore o que no lo haga. De este modo, seríamos dueños del mismo viento y, por derivación, de la beneficencia omnímoda del domicilio personal.

Más aún: los análisis sobre la alteración de las estaciones, la temperatura o el nivel del mar son informaciones de valor si se correlacionan con nuestra especie, porque así se recupera el mando ya desgastado por la edad de sus dioses.

En verdad, a la vez que se marchita la fe en nuestros cálculos se recobra la expectativa del espectáculo, pero siempre y cuando se contemple desde la segura baranda de nuestra casa. Aunque, con todo, ¿cómo se conjugará un ámbito obediente y doméstico con el cuerpo vandálico del tornado? Y sólo hay una respuesta tranquila: vivir y morir amenazados, a punto de ser fulminados.

## LA LUZ

Una tía de mi padre, nacida en 1900, ex monja carmelita, me hacía ver, siendo niño, el milagro que suponía accionar una llave aquí y que una lámpara se encendiera allá, a metros de distancia. Y todo ello, además, con plena inmediatez, entre el silencio absoluto.

Que se prendiera la luz de la bombilla sin acercarle una tea o que se alumbrara la habitación sin recurrir al petróleo, el aceite o el gas constituía el milagro perfecto. Y no ya del progreso ilustrado o del progreso a secas sino debido a la vigilante presencia de Dios, de por sí veloz, inmediato, mágico y puro.

Y puede ser que, en efecto, mi tía no exagerara. En la historia racional o sorprendente del progreso, ningún otro descubrimiento puede haber parecido más divino que la energía eléctrica. El usuario conecta y desconecta el interruptor con sorprendente indiferencia respecto a la emocionante consecuencia que desencadena haciendo luz.

Sin duda esto es así, en descargo del actor, porque, aparte de la costumbre de asumir ya el prodigio eléctrico, nadie sería capaz de soportar el milagro inicial sin haberse electricificado antes. De hecho, si dentro de la bombilla llegara no ya la reflexión sobre la causa de su luz sino tan sólo la meditación sobre el extraño éxtasis del tungsteno, sería imposible vivir y reproducirse.

La luz nace de una mística irracional, pero su concreción incandescente en la bombilla presenta una inesperada herida ardiente. La herida flamígera de una impía electricidad que se impone mediante su menosprecio del sentimiento y por encima de todo dolor.

De hecho, que la luz nazca de la bombilla requiere que en su interior se haya hecho el vacío o contenga algún gas inerte. En la bombilla la luz proviene de una incandescencia que pasa por la nada y zigzaguea hasta la muerte del filamento, su «rojo blanco». El hilo metálico que soporta esta penitencia es volframio y su abnegación, claro está, total. De la electricidad que recibe ese hilo, sólo el cinco por ciento se convierte en luz, destila luz, mientras que el noventa y cinco por ciento restante se hace un estéril calor sin recompensa. Simple achicharramiento.

El tungsteno nos da luz a través de su sacrificio y la familia no puede olvidar reflexivamente que ese hilo incandescente presta su penitencia para que podamos vernos, comer o copular bajo su aura.

En tanto el filamento se quema, nuestras vidas se agotan con su oscuridad. Pero en tanto el tungsteno va inmolándose nuestra posibilidad luminosa mejora. ¿Cómo no pensar en Cristo y su pasión extrema?

Se trata en suma de otra metáfora, viva y en directo, de una inmolación o principio civilizatorio mediante el cual el mundo oscurantista pasaría de las sombras a la razón y de la superstición a la vela científica.

La luz eléctrica requiere una inversión energética muy alta, una cantidad de energía cien veces superior a su efecto luciente. Exactamente, su metáfora sería una coerción extrema de cuyo provecho macabro da cuenta el talante criminal que yace en su seno.

La luz que parte de esa celda transparente evoca la senda que marcó su nacimiento y refleja la permanente pugna de su interior. La casa se ilumina hoy como si tal cosa, pero una jauría de dolor tiene lugar dentro de esas pompas de cristal, ración exacta de sangre y penitencia unidas. O, en definitiva, la maniobra más esplendorosa del hogar se cumple mediante esta tortura habitual. La luz se obtiene desde el vientre del calor y cegando la pupila con su rizo fulminante.

Dentro del sistema de los enseres, la bombilla pertenece a la clase de inventos que se muestran como eximios personajes de la vida industrial. La lámpara llega hasta la incandescencia como los niños estallan en lágrimas. Y a esa clase de función coactiva pertenecemos nosotros mismos. Una bombilla se funde del mismo modo que nosotros, trabajadores, que quedamos «fundidos» por la fatiga o el dolor.

Igualmente, cuando los plomos se funden, sobreviene el desplome de la resistencia, el certificado de no aguantar más.

La luz diurna y natural es una estación coordinada con la respiración orgánica. El efecto de una misma cadencia pulmonar. Sin embargo, la luz eléctrica representa el efecto logrado por sobreexcitación del volframio o del tungsteno instalados en el amargo carácter del gas.

Un gas cuya naturaleza hace sentir que esos filamentos, seleccionados para dar luz, han caído presos de un ingenio especializado en escoger y coaccionar al sujeto promiscuo para crear drogas de lucidez.

Sin esa luz, ni la lectura de los libros, ni los bordados, los bruñidos o los perfiles existirían. Tampoco la lascivia de los cuerpos ni la superficie de las cosas alcanzarían su ánima. La luz eléctrica procura una sombra propia, y con sus matices cambia el color del cuadro, la habitación del erotismo y la oración del saber.

Existe un mundo festivo al margen de las bombillas y otro mundo de fastos enaltecidos por la incandescencia. Un mundo basado en el efecto productivo de la represión que inflama sin llama al ser quien, encerrado en el cristal, procura una alta calentura sin hoguera. Lejos pues de la fogata, la bombilla doméstica constituye para la represión burguesa —en cuyo ámbito nació— la expresión de la virginidad sin secreción, metáfora de la contención hasta el límite de una virginidad seca.

Luz nacida pues de la negación del placer frente a la antorcha o la llama como cerros de la orgía. Porque no se ilumina la electricidad debido a su gozo sino precisamente a causa de su padecer. Así, la muerte de la bombilla sería el final de su resistencia. Su vida como suma de todo aquello que pudo soportar antes de pasar a su luctuosa oscuridad.

Aparentemente, por tanto, cuando una bombilla se

funde, no ha pasado nada externo, sino que todo parece haber ocurrido en su seno. El alma de la bombilla se expande sobre el hogar al compás de su enorme apagón y es así su esencia la que comunica en plena oscuridad con nuestra alma.

La luz puede ser el canto de una hoguera o el aullido del fuego. Como el agua, la idea de la luz eléctrica se asocia tanto a la fertilidad –al «dar a luz»– como a la fatalidad de la ceguera. En realidad, sólo un espíritu muy religioso pudo engendrar una lámpara tan doliente.

Pero, adicionalmente, la electricidad y el magnetismo no son otra cosa que las dos caras de la misma empatía y las ondas electromagnéticas, en la radio, la televisión o el wifi, brindan una segunda realidad. La realidad mirífica que revela la conciencia de alumbrarse juntos.

Porque en la atracción de los polos opuestos halla la electricidad su virtud, siendo su insignia el imán y la bipolaridad un remedo del amor copulativo. Los enchufes se machihembran, las pilas yacen como amantes y la energía eléctrica es el efecto de un coito primordial cuyo gozo desprende brillo.

Cuerpo y espíritu, materia y alma, se funden en la cuna de la electricidad. Y también en el grado de calor o de claror que reciben las habitaciones, en el guiso de los alimentos cocidos en la placa de inducción y los microondas, última exposición de lo invisible.

Obviamente, el fuego tuvo en el pasado la consideración animista que se aplicaba a todo. La madera daba luz desde su interior, calor desde su sexo, fuego desde sus entrañas. La electricidad, sin embargo, introdujo esta grave disociación: hay luz sin incendio necesario y la incandescencia sería vista, en comparación con la hoguera, como una emanación, a la manera del agua.